

Capítulo 6
Patrimonio, folclor
e interculturalidad





Unidades y diversidades en el ámbito del folclor

Benjamín Valdivia¹

La condición inicial de las sociedades es el convivir. En ese intercambio se producen y viven gustos, valores, lenguaje y otros elementos que, al reiterarse, constituyen las tradiciones. En principio, la cultura es una forma física y simbólica de la convivencia comunitaria. De hecho, la cultura es la única forma en la que una comunidad se identifica a sí misma como entidad en la que tiene sentido existir junto con otras personas, y donde las generaciones se entrelazan y van sucediéndose, refrendando esos símbolos, procesos y objetos unas a otras. En ese entendido, la cultura es la circulación y apropiación de significados que de su propia relación con el mundo y con los demás se hace dentro de una comunidad.

¹ Miembro de la Academia Mexicana de la Lengua y de la Academia Norteamericana de la Lengua Española. Docente de la Universidad de Guanajuato. Contacto: valdivia@ugto.mx

Tenemos en la cultura, como su nombre lo indica, un cultivo: arrojar semillas en el suelo fértil de la historia, para que permanezcan durante cierto tiempo, sean consumidas, y que con eso formen el alimento del espíritu, es decir, el gusto. Este no solo en la sensación, sino también en la percepción de las posibilidades; y también en la percepción del futuro como un destino común. Así, la cultura es la unidad en la que las comunidades se sienten internamente cercanas para encontrar su propio lazo –lo que conocemos como el «lazo social»–, que se constituye como un saberse a sí mismo con exclusión de los demás. Pensemos que desde la cultura clásica griega se acuña el término «bárbaro» para designar a quien no pertenece a la propia cultura ni habla el propio lenguaje. Por tanto, somos bárbaros en todas las comunidades en las cuales no tenemos cabida a causa de que tenemos otros valores, otro lenguaje, otra tradición u otra expectativa. En ese entendido, la cultura es una unidad ancestral mediante la cual nos apropiamos de nuestra relación con el mundo y con los demás.

Las culturas, como sobrevivencias de los tiempos pasados –que en gran medida eso son–, forman un cerco en el que se permite subsistir, acomodarse a la vida que se nos entrega, y colaborar para esa vida que nos ha sido dada. Pensemos, por ejemplo, en la división del trabajo, en la repartición de la riqueza, en la celebración de las festividades, y en otra gran cantidad de elementos en los que la sociedad, aunque también constriñe, se otorga como dádiva cultural para la persona, que halla sentido allí. La persona, a su vez, se constriñe a esa sociedad, pero ahí encuentra su libertad para expresarse dentro de esos parámetros. Una cosa importante en la cultura es que aceptemos a los demás en la medida en que somos también ese cultivo de los otros; es decir, aceptamos a los que comparten actos y símbolos análogos a los nuestros y hablan de modo análogo a nosotros. En cierta medida, estamos también abiertos a la aceptación de los bárbaros: sabemos que nos hacemos aceptables a otra sociedad aunque somos sus foráneos, y los aceptamos porque son lo otro que enriquece. Eso lo sabe muy bien la evolución genética, que prefiere genes que amplíen las posibilidades de la comunidad y aborrece aquellos que se restringen mediante el parentesco. Subsiste, desde luego, esa contradicción entre reservar el clan y abrirlo a la ampliación genética.

En esa condición es que el folclor es la raíz más profunda en la cultura de una sociedad: lo más aceptado. El término «folclor» nos indica aquello que el pueblo sustenta para su continuidad desde el punto de vista simbólico, y tam-

bién –por qué no– desde el punto de vista de la producción de objetos, procesos y valores. Se trata, en el folclor, de una raigambre profunda que no puede ser apropiada por alguien en particular, sino que pertenece a todos los que están en esa comunidad. El folclor, en ese sentido, es parte de una aceptación mutua entre los ancestros y los pobladores actuales en cualquiera de las comunidades.

Todas las comunidades tienen folclor. Es decir, siempre hay rasgos folclóricos en cualquier comunidad que enfrentemos. Incluso en las comunidades más despegadas de la tradición hay, en el fondo, algún rasgo folclórico que se puede evidenciar en la ideología, en la religión, en la filiación a ciertos gustos, en la repetición de ciertos procedimientos y, desde luego, en su base más honda: el lenguaje. Las personas más avanzadas en una sociedad igual mantienen ciertos rasgos folclóricos, porque al menos están utilizando el lenguaje como ha sido heredado. El lenguaje verbal y los lenguajes simbólicos constituyen esa base en la cual se mueve la condición del folclor.

Si bien todas las comunidades tienen folclor, y en ese sentido se unifica la comunidad en torno a esa relación con el pasado, también hay que considerar que las diferentes comunidades tienen diferentes folclores. Si toda comunidad tiene folclor, y en eso radica su unidad básica, por otro lado, al mostrarnos diversas comunidades vemos que cada una tiene su propio folclor. De esa forma tenemos una unidad de la comunidad, que es su núcleo de folclor, y tenemos la diversidad de las comunidades, cada una con sus rasgos folclóricos específicos. Es lógico que haya, en una comunidad dada, rasgos folclóricos cercanos a los de las comunidades aledañas. Es decir, ante una comunidad inicial y una que esté a su lado habrá ciertas analogías de vecindad folclórica; y entre esa segunda comunidad y una tercera puede haber también una vinculación, pero entre la primera comunidad y la tercera veremos una separación cada vez mayor. Estamos ante determinaciones de lo que podemos llamar *geocultura*. Puesta en localización, la cultura es una ecología: una forma de habitar el mundo. Lo que queremos señalar es que, tomando una comunidad como centro, encontraremos en la proximidad ciertas comunidades análogas, mientras otras comunidades, que se van separando de esa analogía, se convierten en una diversidad progresiva, aun cuando pertenezcan al mismo ámbito y a la misma condición de habitar las mismas cercanías, los mismos kilómetros.

Todos los folclores, en ese entendido, tienen ciertas bases comunes: una estructura compartida. Eso ya lo han estudiado diversas posiciones teóricas del estructuralismo; o mantienen funciones comunes, como lo ha estudiado

el funcionalismo; o mantienen ciertas significaciones, como lo ha estudiado la semiología de la cultura. En fin, cada aplicación teórica que hacemos a las comunidades nos devuelve, siempre, a que en el folclor podemos hallar un orden válido para todas las comunidades y, al mismo tiempo, unos contenidos que van separándose cada vez más entre sí, de tal modo que entre una comunidad inicial y otra un poco más distante puede haber variaciones de lenguaje, de simbolismo, de representación simbólica o de expresión artística que no estén valoradas del mismo modo entre la primera y la segunda comunidad.

El folclor mantiene una unidad estructural junto con una diversidad de contenidos que, en una cierta escala, coinciden y, en otro grado, se separan. Esto permite que exista una interculturalidad, la cual puede recibir intercambios, algo así como un *diálogo de patrimonios*, donde hay muchos propietarios de una tradición interactuando con muchos propietarios de tradiciones diversas. No obstante, hay que considerar un rasgo de nuestro tiempo en el que tanto la unidad como la diversidad de las condiciones folclóricas de las comunidades se ponen en riesgo. Tanto en la producción de sus significados como en la supervivencia misma de la comunidad como tal va cambiando su necesidad de identificarse. De hecho, van cambiando los significados que se representan para esa identificación, de tal modo que los propios hablantes de un idioma autóctono, por ejemplo, prefieren prescindir de su idioma tradicional y aprender otro idioma común. Como muestra, en las comunidades de Latinoamérica hay una renuncia al idioma ancestral, en un proceso paulatino para excluir su idioma y aprender el español como lengua común del subcontinente. También en otras partes del mundo hay una renuncia de la propia comunidad hacia su tradición. Todo esto que he tratado en «La muerte del folclor» nos revela una imposición, una presión sobre las comunidades para que renuncien a su tradición y asuman la construcción de una nueva, basada en lo ajeno, en lo otro.

Las transformaciones siempre han sucedido en la cultura: se avanza por otredades nuevas. En nuestro tiempo, estas otredades son, para cada comunidad, *sustitutivas* de la tradición. No son para avanzar dentro de esa comunidad o dentro de esa línea cultural de la comunidad, sino para desaparecerla. Y esta presión, que mata a esa circunstancia folclórica, aplana las diversidades del mundo mediante el acabamiento de los folclores diversos. Este aplanamiento, que Axelos (1973) llama la «planetarización», es un desistimiento de las diversidades en todo el mundo. Su efecto es que el diálogo de significados entre las comunidades ya no es intercultural, sino trasnacional, muy acorde con los

mercados transnacionales, propiciando la imposición aplanante de puntos de vista, lenguajes, giros, creencias y, en general, de toda la convivencia simbólica de la humanidad. Eso hace que podamos encontrar lo mismo en todas las comunidades que antes eran diversas. Por ejemplo, las artesanías no se producen ya para el autoconsumo de la comunidad, como era su vocación originaria, sino para una mundialización del producto que ya no identifica la comunidad que lo ha creado.

Lo anterior nos indica que existen formas unitarias en la cultura que se multiplican en identidades para diversas culturas, permitiendo un diálogo intercultural. Pero este se ve interrumpido, presionado y obligado por el aplanamiento de las diversidades a causa de una cultura transnacional que se impone y que impide el avance histórico de lo folclórico. Se impone lo tecnológico sobre lo artesanal, y al fin nos deja con pocos elementos para dialogar, porque ya no estamos apropiándonos de nuestra cultura para ofrecerla al concierto intercultural, sino que se expande una cultura reidentificatoria, ofrecida al por mayor en todas las comunidades del mundo, sin que dependan de su propia tradición geolocalizada. Se responde solamente a las expectativas de una sociedad planetarizada y su cultura mundializada, abriendo el problema del aplanamiento en el orden de la cultura, el cual habrá de ser motivo de otras indagaciones.

Referencias

Axelos, K. (1973). *Introducción a un pensar futuro*. Buenos Aires: Amorrortu.

